

muerte del emperador (1) y aun hoy se oye en Méjico, en todas partes, que las avanzadas de los liberales tenían orden de dejarle huir de Querétaro. Para el consejo de guerra fué una circunstancia agravante que los dos generales, Mejía y Miramon, fueran hechos prisioneros con él y que como condenados por alta traición no podían ser amnistiados; y fusilándose tampoco podía ser amnistiado su jefe, bajo cuyas banderas habían servido (2).

Rechazó los proyectos de evasión que le propusieron sus fieles mientras no pudiese huir con sus generales Miramon y Mejía, y esto lo perdió todo. Condenado ya á muerte con sus dos compañeros, rogó al presidente Juárez que su sangre fuese la última que se vertiera por la paz interior de Méjico (3). En la madrugada del 19 de junio de 1867 fueron conducidos los tres al lugar de la ejecución. Se les leyó la sentencia y Maximiliano dijo: «Muero por la independencia y la libertad de Méjico; que mi sangre sirva de lazo de unión.» Miramon exclamó: «¡Viva el emperador! ¡viva Méjico!» Mejía besó el crucifijo. El oficial dió la señal de fuego, y una triple descarga dejó sin vida á los tres sentenciados.

«Era un alma grande,» dijo un coronel mejicano al contar al doctor Basch el suceso.

En la noche del mismo día se entregó la ciudad de Méjico. El conde de Khevenhuller había continuado hasta el 16 de junio la defensa de la ciudad contra los sitiadores á pesar de la superioridad numérica de estos y de la escasez de provisiones de toda clase; cuando á la caída de la tarde del citado día un indio le entregó un billete del baron de Lago, encargado de negocios del Austria, en el cual éste le decía: «El emperador está preso; le manda á usted haga cesar las hostilidades y le hace responsable de todo nuevo deramamiento de sangre. Hace días que le ha escrito á usted, y seguramente ha sido interceptada la carta por Márquez.»

El conde comunicó esta orden á sus jefes de seccion, y se dirigió luego á ver á Márquez para decirle que los austriacos ya no admitían órdenes suyas. Márquez, como lugar-

términos: «Hombres así se utilizan cuando se necesitan y despues se les echa á la calle de una patada.» Basch, tomo II, pág. 145.

(1) Un noticiero de la *Gaceta de Colonia* dijo en un artículo titulado: *Del país de los aztecas, Querétaro, diciembre de 1885 (Gaceta de Colonia, 1889, 14 de abril)*: «Aquí en el país sabe todo el mundo que Juárez estaba por el perdón y que fué Lerdo de Tejada, su ministro y primer consejero entonces, quien se empeñó en el fusilamiento. Se sabe que las avanzadas de los liberales tenían orden hasta el último día de dejar pasar al emperador sin obstáculo siempre que quisiese salir de Querétaro; y es probable que aun siendo ya prisionero se le habría dejado escapar si hubiese querido evadirse sin sus generales, prisioneros como él. No cabe duda que el gobierno republicano vencedor y en su concepto legítimo estaba en su derecho de hacer fusilar á los prisioneros que se habían entregado incondicionalmente; siendo únicamente de advertir desde el punto de vista imperial que no se había hecho lo mismo con Juárez y su gobierno cuando dos años antes habían caído en manos de las tropas conservadoras. No era caballeresco que para tomar á Querétaro los republicanos emplearan la traición y el soborno, pero en la guerra valen todos los medios, especialmente en países como Méjico. Despreciable é infame es, sin embargo, la tentativa de Lopez, con el apoyo moral al parecer del general Escobedo, para envilecer la memoria del emperador acusándole de haber vendido su propio ejército. Lopez publicó á este efecto un billete del emperador en el cual se le encargaba que pasara á la plaza para proponerle la rendición del convento de La Cruz en cambio de la libre evasión del emperador y promesa de guardar el asunto eternamente secreto, para no manchar el honor imperial. Por fortuna se probó comprobando el documento con muchos autógrafos del emperador que el citado billete era una torpe falsificación; y en honor del Méjico actual hay que decir que la prensa mas respetable de la capital expresó su indignación por esta calumnia de la memoria de un infeliz, asegurando que el presidente Porfirio Díaz en nada había intervenido en la indigna tentativa.

(2) Mejía y Miramon, valientes generales, presumían la suerte que esperaba á Maximiliano; pero como leales quisieron participar de ella.

(N. del T.)

(3) Basch, tomo II, pág. 215.

teniente del emperador, había engañado con noticias falsas durante todo un mes á cuantos estaban á sus órdenes; había interceptado todas las órdenes dirigidas personalmente por el emperador á los suyos, y no contento con esto, había hecho lo contrario de lo que el emperador le encargaba. No juzgándose seguro dentro de la ciudad, se había retirado á un convento que estaba próximo á la línea de los enemigos. Allí le fué á ver el conde, que hubo de aguardar un gran rato antes que se le dejara entrar. Cuando se vió cara á cara con Márquez le dijo: «Usted nos ha ocultado la prision del emperador, pero ya la sabemos ahora y le participamos que el emperador nos ha mandado cesar las hostilidades. Usted no nos manda ya.» Márquez, temblando como un azogado, con los ojos fuera de sus órbitas, balbuceó: «¡Soy perdido!» El conde añadió: «Usted nos ha vendido, vea usted cómo se salva,» y diciendo esto se retiró.

Al día siguiente recibió el conde un billete de Porfirio Díaz, en el cual éste le decía que fuese á verle para tratar de la rendición, pero que pasase por el acueducto de Tacubaya, porque Márquez sería capaz de algun atentado contra su persona. A las once de la noche fué el conde al sitio indicado del acueducto, construido por los españoles en otra época. Allí encontró una escalera de mano y un agujero por el cual entró en el interior del acueducto, dentro del cual anduvo una hora metido hasta el pecho en el agua, hasta que vió la abertura por la cual salió y donde le esperaban los edecanes de Porfirio Díaz, que no estaba allí porque le habían llamado á otra parte. En lugar de él, dijo el coronel Echevarría al conde Khevenhuller: «A usted, á todos los austriacos y á todos los extranjeros se concede libre paso hasta Veracruz. Los individuos de tropa entregarán las armas y caballos; los oficiales lo conservarán todo. Lo primero lo exige su propia seguridad; el gobierno liberal pagará las tropas y su manutención hasta el puerto, donde buques austriacos los tomarán á ustedes todos á bordo.» No había que pedir mas. El conde volvió por el camino que había llevado y por la tarde del día 19 de junio mandó izar la bandera blanca en el palacio.

A la mañana siguiente entraron los disidentes y por la tarde hizo llamar Porfirio Díaz al conde, que refiere la entrevista en estos términos: «Largo rato me miró como escudriñando; despues se llegó á mí, me dió la mano y me dijo: «La fortuna es variable; ¿se acuerda usted de Puebla? Muy cerca de mí estaba usted en San Lorenzo, y necesité tres días para reunir mi caballería; si Márquez hubiera continuado la victoria, no estaria yo aquí;» y en voz baja añadió: «Su emperador ha sido fusilado.» Un momento antes había recibido esta misma noticia, pero no la había creído. Díaz comprendió mi estado y añadió con acento bondadoso: «Fué contra mi voluntad. Si yo hubiese mandado delante de Querétaro, el emperador no habría muerto.» Díaz me despidió y volví á casa sin saber lo que me pasaba.» Posteriormente supo el conde por boca de un general de los liberales que Bazaine le había vendido antes de marcharse 24 cañones de á ocho y de á doce con todos sus accesorios y arreos, y además fusiles, sables, cartucheras y provisiones de guerra. Es decir, que Bazaine había tratado á Maximiliano como enemigo desde el instante en que tuvo la certeza de que éste no quería abdicar por orden del emperador de los franceses, regresando con la escuadra á Europa. Para obtener de Maximiliano la abdicación de una manera ú otra, había enviado Napoleon al general Castelnau á Méjico (4), adonde llegó justamente en los días críticos de Orizaba. La felonía cometida con Maximiliano habría aparecido al mundo con colores menos negros si la víctima se hubiese sometido á su suerte y hubiese regresado á Euro-

(4) Keratry, pág. 187.

pa sano y salvo, aunque con honra menguada. Napoleon habría podido hacer valer este regreso como un servicio que prestaba á la república vencedora, que le daba derecho á ser recompensado con otros servicios. Esta idea había dado ya lugar á negociaciones secretas y hasta á una verdadera conspiración con los disidentes contra el infortunado Maximiliano, lo cual presentido simplemente por éste le habría decidido ya á marcharse con los franceses. En enero de 1867 había escrito como su última palabra á Bazaine: «Me quedo porque no quiero hacer lo que los soldados que arrojan su fusil para escapar mas pronto del campo de batalla (1).» Maximiliano se quedó, pues, para combatir y morir con honra. Murió como un héroe, mientras el emperador de los franceses quedó con la ignominia de haber faltado á la palabra dada y de ser culpable de las consecuencias trágicas de su falta.

## CAPITULO II

### LA LEY DE LA NUEVA ORGANIZACION MILITAR DEL MARISCAL NIEL

El trabajo preliminar que hizo Napoleon para la reconstrucción del ejército francés consistía en un minucioso estudio de la constitución y régimen del ejército prusiano, cuyo estudio había encargado en agosto de 1866 por una parte al coronel Stoffel y por otra al intendente Pages. Mientras este último estudiaba en Berlin el complicado mecanismo de la administración militar prusiana, pasó el primero al cuartel general, que se hallaba en Praga, donde encontró la mayor parte del ejército todavía en pié de guerra. Empleó las tres semanas que el ejército pasó todavía allí antes de su regreso á Prusia para estudiar todas las armas de cerca, informándose de oficiales y jefes de toda categoría, de sargentos, soldados, prisioneros y heridos acerca de todos los pormenores que le interesaban, con lo cual adquirió conocimientos que no podía haber hallado en ningún libro. Para esto le sirvieron su conocimiento completo de la lengua alemana, su extraordinaria pericia en asuntos militares y su afición al estudio. Al leer hoy los informes militares de este hombre de los años 1866 hasta 1870 (2), queda uno convencido de que el coronel francés estudió con exactitud alemana el ejército prusiano y expuso el resultado de su estudio con toda la claridad francesa, con lo cual queda dicho que el emperador Napoleon no pudo haber confiado el citado trabajo á otra persona mas idónea que el citado militar. La introducción de su primer informe de 8 de setiembre de 1866 eleva á este autor á una inmensa altura sobre la charla de los cuarteles franceses. «Parece un prodigio, dice, que el ejército de una potencia que no ha sostenido guerra ninguna durante medio siglo atravesase desde la Sajonia y la Silesia las cordilleras que por aquellos lados limitan la Bohemia, enfrente de un ejército austriaco de mas de 200,000 hombres; que rechace en varios encuentros sangrientos todas las fuerzas que tratan de cerrarle el camino; que ocho días despues de haber abierto la campaña destrozase todo el ejército enemigo en una sola batalla y que dos meses despues dicte la paz al Austria al pié de los muros de Viena. Pero cesa enteramente el prodigio para el que estudia la índole y desarrollo de esta gran contienda. Dedúcese de tan rápido y decisivo resultado que un ejército no es mas que un instrumento de guerra á la

(1) Keratry, pág. 281.

(2) «Informes militares escritos desde Berlin en los años 1866 hasta 1870 por el coronel baron de Stoffel, agregado militar francés en Prusia.» La primera traducción completa alemana fué publicada en Berlin en 1872.

disposición de un solo hombre. El ejército del Austria fué un instrumento de guerra mediano en manos de un hombre que no supo manejarlo. El ejército de Prusia en cambio fué un instrumento de guerra perfecto manejado por mano maestra y dirigido con talento, ciencia y energía. En una palabra, el triunfo de la Prusia no fué una de aquellas casualidades que se llaman milagros, porque no se comprenden sus causas, sino que fué la consecuencia natural de una superioridad tan completa, que los austriacos hubieran sucumbido aunque los prusianos no hubiesen tenido el fusil de aguja; pues este fusil de aguja no fué, como muchos creen, la causa, sino simplemente una parte, de la superioridad.» Las descripciones de Stoffel confirmaron al emperador Napoleon en la creencia de que se había cumplido en un todo cuanto él había dicho en otro tiempo de las ventajas del servicio militar obligatorio en Prusia, donde este servicio existía desde 1814 y donde fué perfeccionado en 1860. Segun Napoleon, el mayor mérito de este servicio obligatorio consistía en que destruía un privilegio verdaderamente inmoral en favor de los ricos y ponía á disposición del gobierno masas innumerables para la guerra. Pero Stoffel añadió á su informe este otro mérito: que el servicio obligatorio pone las armas en las manos, no solamente de las masas, sino tambien de la juventud instruida de todas las clases sociales, lo cual es tanto mas importante cuanto que la enseñanza obligatoria produce tambien en los individuos de la masa conocimientos, disposición y aptitud que no se encuentran en ningún otro ejército de Europa. Stoffel insiste enérgicamente en que la superioridad que el servicio obligatorio da al ejército prusiano se debe á la instrucción que poseen, si bien en diferente grado, oficiales é individuos, y da á entender que si en lugar de austriacos se hubiesen encontrado franceses enfrente de los prusianos en Koniggratz, acaso les habría pasado algo peor que á los austriacos, y esto sin el fusil de aguja y sin su fuego mortífero.

Bajo la impresion de los informes de Stoffel, el emperador Napoleon intentó otra vez que aceptaran sus consejos el principio del servicio militar obligatorio, pero segun hemos visto volvió á quedar completamente derrotado. Exactamente un año despues del 12 de diciembre de 1866, la comision nombrada al efecto por el cuerpo legislativo presentó un proyecto de ley para aumentar el ejército y para la organización de una guardia nacional móvil (3). Este proyecto de ley había sido presentado ya al mismo cuerpo legislativo en 8 de junio de 1867, pero no habiendo llegado á discutirse volvió á ser presentado con un informe explicativo que venia á ser un triunfo de la comision sobre el proyecto original del emperador. El de la comision consistía en dar á la Francia una fuerza armada de 1.200,000 hombres, estableciendo al lado de los 400,000 hombres del ejército permanente una reserva de igual número para casos de guerra y además otros 400,000 hombres para la defensa interior de las costas y fronteras, con el nombre de guardia nacional móvil. La comision tenia por objeto principal conservar los sorteos y el derecho de redimir la suerte por una suma de dinero, y no se detuvo á pensar si el ejército recibiría en tales condiciones el aumento que se pretendía darle. El derecho de librarse del servicio de las armas había quedado fijado definitivamente en la ley militar del 21 de marzo de 1832, tanto para los que quedaban libres por la suerte como para los que pagaban sustituto, y el cuerpo legislativo quiso conservar este derecho para todos los franceses, atendiendo así, segun decia el informe, á las exigencias de la opinion pública. El gobierno

(3) El nuevo proyecto se halla en *El Monitor*, pág. 1552, y las explicaciones correspondientes en la pág. 1568.



abandonó su proyecto en vista de la tenacidad del cuerpo legislativo y se conservó la facultad de librarse del servicio además de la suerte á los que pagaran sustituto, tanto en el ejército permanente como en la guardia nacional móvil. En 23 de diciembre de 1867 se abrió la discusión por artículos de la mencionada ley, y entonces por primera vez en el parlamento de una gran potencia continental europea regida monárquicamente se presentó en contra el proyecto de abolición completa del ejército permanente, supliéndolo por un sistema de defensa nacional á manera de la Suiza. Este proyecto, que tenia 16 artículos, fué presentado por Julio Simon, Bethmont, Henon, Magnin, Ernesto Picart y Julio Favre (1). Véanse sus primeros seis artículos:

1.º Todo ciudadano francés debe al Estado su servicio armado. La fuerza armada se divide en tres clases, de las cuales la primera comprende á todos los ciudadanos desde veinte á veintiseis años; la segunda á todos los ciudadanos desde veintiseis á treinta y cuatro años, y la tercera á todos los ciudadanos desde treinta y cuatro á cuarenta años.

2.º Todo ciudadano inscrito en la primera clase debe: 1.º Asistir durante el primer año del servicio en esta clase á la escuela de reclutas. 2.º Tomar parte cada año en los ejercicios de tiro y en la escuela de repeticion. 3.º Asistir una vez en seis años á un campamento de maniobras.

3.º La duracion de la escuela de reclutas queda fijada en tres meses. Durará solo un mes para los que puedan probar, 1.º, que han recibido una instruccion suficiente elemental; 2.º, que conocen el uso del fusil y el ejercicio en compañía y batallon.

4.º Los ejercicios de tiro se harán el primer y tercer domingo de cada mes y serán precedidos ó seguidos de una hora de ejercicios de maniobra.

5.º La duracion de la escuela de repeticion queda fijada en diez dias.

6.º La duracion del campamento de maniobras será de tres meses.

Julio Simon dijo como ponente que el proyecto no era obra suya ni de sus amigos, sino copiado, con algunas modificaciones indispensables, de la constitucion suiza del 12 de setiembre de 1848 y de la ley federal militar del 8 de mayo de 1850; por manera que la experiencia garantizaba el mérito de esta ley, pues que la Suiza, nacion pequeña, habia sido célebre en todos los tiempos de su historia por la firmeza y el valor de sus hijos, y de ella no se podia decir que no tenia ejército, ya que, muy al contrario, el ejército de la Suiza era un organismo esencialmente vivo y poderoso y satisfacía el objeto á que lo ha destinado la constitucion federal. «Añado, concluyó diciendo Julio Simon, que el sistema suizo, tal como nosotros lo proponemos, no discrepa tanto como á primera vista parece del sistema Scharnhorst, que ha probado repetidas veces y en el precedente año de una manera contundente su eficacia.» Para ser lógicos los firmantes, debian haber añadido á su proposicion que la Francia se transformara en una federacion de cantones, repúblicas independientes y soberanas, y que el conjunto fuese declarado potencia neutral bajo la garantía de todas las demás potencias.

El ministro de la Guerra, Niel, vió en esta proposicion un resultado de las ilusiones y maravillas del levantamiento en masa de la gran revolucion francesa, ilusiones que han hecho mucho mas daño en Francia que el que hizo en Alemania la pretendida reserva invencible de 1813. «Lo que acaba de proponerse, dijo Niel, es armar la nacion sin organizarla y suprimir el ejército permanente. Varios oradores han dicho que si la Francia se viese expuesta á un ataque que amena-

(1) Publicado en *El Monitor*, pág. 1609.

zara su seguridad, se acudiría al levantamiento en masa. Me parece muy útil tratar aquí de esta cuestion del levantamiento en masa, del cual se ha hablado repetidas veces, y yo creo que no puede darse consejo mas funesto á nuestro país que el de confiar en un dia dado su seguridad á un levantamiento en masa. Muchos varones distinguidos han vivido y han servido bajo el imperio y bajo la república y han recordado con horror los levantamientos en masa; y sus memorias y discursos en la cámara de los pares ó en la de los diputados, manifiestan constantemente un verdadero pánico á la sola idea de que el país pudiese volver á buscar su salvacion en un levantamiento semejante.»

El mariscal Gouvion de Saint-Cyr, que durante toda su carrera militar habia estudiado esta cuestion, dijo como resultado final de sus estudios que el levantamiento en masa habia aprovechado únicamente al enemigo. Estas masas devoraban el país que atravesaban, y al llegar é incorporarse al ejército introducian en él la indisciplina. «Es una desgracia tener que acudir al levantamiento en masa; pero mayor desgracia es emplearlo.»

Emilio Ollivier atacó el proyecto de Julio Simon y de los suyos con razones mucho mas graves y mas eficaces, porque como hombre enteramente práctico y enemigo de ilusiones, desechó toda la ley. No quiso apoyar el objeto político que se propusieron aquellos diputados, fiel siempre á su modo de ver respecto de la cuestion de la política alemana del emperador, y así dijo en 15 de marzo de 1867 en medio de la mayor agitacion de toda la cámara: «El señor Garnier Pagés acaba de decirnos que la obra de Bismarck no tendrá duracion. Pues bien, se engaña; porque lo que hace Bismarck no solamente durará, sino que se extenderá. Vendrá un dia, tarde ó temprano, en que la confederacion de la Alemania del Sur se organizará militarmente á la manera prusiana, y cuando la confederacion de la Alemania del Norte se haya organizado completamente se unirán las dos confederaciones y se darán la mano por encima del Mein á despecho de la paz de Praga. ¿Y nosotros qué debemos hacer entonces? Aceptar sin segunda intencion, sin pusilanimidad, sin temor, confiadamente, pues esta obra, estoy convencido de ello, no va dirigida contra nosotros (2).»

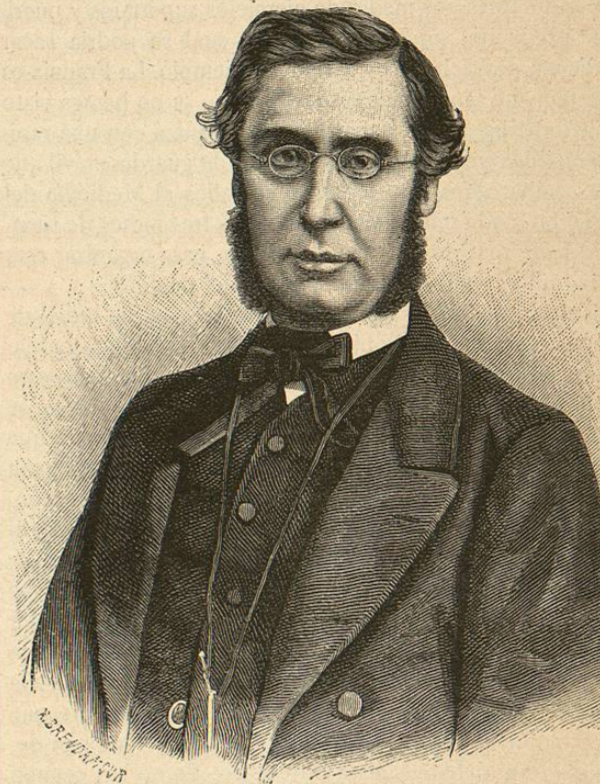
En 9 de diciembre habló el mismo orador otra vez contra Thiers, que en nombre de las tradiciones de la política nacional de Francia no se cansaba de censurar el apoyo dado á Italia y de pedir que el gobierno combatiera á la Prusia. En su discurso dijo Ollivier: «Digámoslo francamente: la Francia tiene dos historias, de las cuales la una concluyó con el año 1789, y que no debemos imitar á pesar de los recuerdos portentosos que nos ha dejado, y la otra empieza con la revolucion francesa, y de ella debemos tomar el entusiasmo y la voluntad, la pasion y el impulso de poner los derechos y la grandeza de Francia en armonía con los derechos y la grandeza del género humano. En todo tiempo ha habido en las naciones una ciudad, una comarca, un pueblo que ha sido ó es para el mundo lo que el Foro ó la Agora fueron para los pueblos de la antigüedad, es decir, el lugar donde todos se encuentran, donde todo se condensaba y se fundia. Este lugar es en los tiempos modernos la Francia. En otras partes se preparan las ideas, pero aquí se proclaman; en otras partes se trabaja para un pueblo, pero aquí se trabaja para todos. En mi concepto, la verdadera tradicion de la Francia y la que corresponde á su verdadera prosperidad consiste en que apoya y no combate los impulsos de otros pueblos á la independencia y unidad, en lugar de combatirlos y detenerlos en su marcha. Si hoy domina en Ita-

(2) *Monitor*, 1867, pág. 305.

lia y en Prusia un espíritu de rencor contra la Francia, es porque vosotros mostrais á estos dos países una potencia envidiosa, maligna y recelosa, en lugar de una Francia animada de buena fe, generosa y liberal; y aunque digais en todas las ocasiones y bajo todas las formas: *paz*, el país entiende ó cree entender guerra.» No hay que decir que el orador que así se expresaba habia de rechazar la ley militar propuesta, porque no tenia mas objeto que armar á la Francia contra la Alemania. Por eso dijo en 24 de diciembre: «Esta ley no es ley orgánica ni está calculada para regir permanentemente; es una ley de transicion, una ley de necesidad, una ley de guerra, como lo prueba la creacion de la guardia móvil que debe dar 400,000 hombres para el servicio interior, á fin de que pueda enviarse todo el ejército permanente á los campos de batalla. ¿Y por qué todo esto? Porque la guerra del año pasado tomó otro curso, distinto del que se esperaba, y porque no se ha tenido el valor de aceptar los hechos consumados y conformarse con el desengaño recibido; pero esto es culpa vuestra. Siempre estais en favor de la paz, pues así lo proclamais á cada ocasion; siempre deseais que la paz se conserve, y en realidad resolvéis cada dia la guerra. Siempre que un orador se levanta en esta asamblea para probaros que los sucesos ocurridos en Alemania no son, al fin y al cabo, para nosotros ni humillantes ni amenazadores, se le acalla con expresiones de disgusto; pero si un orador dice que la victoria de Sadowa es para la Francia una especie de derrota, una debilitacion, una mengua de su brillo, entonces aplaudís á ese orador. Pues bien, en un país orgulloso y de pundonor irritable no se puede pensar y sostener en la tribuna y en la prensa diariamente, y repetirlo á cada ocasion y en todas las formas, que se nos ha oscurecido, rebajado y puesto en peligro, sin que se manifieste una agitacion positiva; es imposible que el que está á la cabeza del gobierno y se llama Napoleon, á pesar de su amor á la humanidad y á pesar de su sincera voluntad de conservar la paz, se resista por mucho tiempo y se libre de una presion tan constante, permanente y abrumadora. No hay remedio, pues; esta cámara y esta nacion, no solamente se han de conformar con lo ocurrido sino que lo han de aceptar sin segunda intencion, ó han de considerar frente á frente, con decision varonil, la necesidad ineludible de aceptar mas tarde ó mas temprano una guerra seria y formidable con Alemania. Vosotros me direis lo contrario y ponderareis vuestro deseo de paz, pero esto no modifica mi conviccion. En vano querreis la paz, porque si continuais en vuestra política actual vendrá la guerra aunque no la deseais. En cuanto á mí, votaré contra la ley; pues aunque sé que mi modo de ver tiene pocos partidarios en esta asamblea, y aunque siento mucho separarme de mis colegas en esta cuestion, no cambio mi modo de ver respecto de los sucesos ocurridos. Mi deseo hubiera sido que no se hubiesen provocado, que la Prusia los hubiera realizado sin servirse de la fuerza; pero hechas estas salvedades veo en estos sucesos una manifestacion del principio de la soberanía nacional, una aplicacion nueva de las ideas de la revolucion, y solo veo un peligro si nosotros queremos oponer un obstáculo artificial á su desenvolvimiento natural. Que me digan y repitan con pasion: «Seamos franceses, no seamos ni alemanes ni italianos.» Sí, señores, seamos franceses, pero no creamos que seremos franceses de una manera noble si nos oponemos al desarrollo de otros pueblos; no creais que seremos franceses en sentido noble si impedimos á los alemanes ser alemanes y á los italianos ser italianos. No se me venga tampoco hablando de patriotismo para justificar la guerra. Tenemos patriotismo, sí, señores; pero no olvidemos que el patriotismo es para nosotros una cosa muy cómoda; á nosotros

no nos cuesta mas que algunas frases sonoras en un discurso y tres mil ó cuatro mil francos que pagamos una vez en la vida para no tener que servir con las armas; mas para el pueblo, para esa multitud de obreros á quienes representamos, y cuyo bienestar ha de ser sagrado para nosotros, el patriotismo es el sacrificio de los mejores años de su vida, el destierro del hogar y á menudo la muerte. Pensémoslo mucho, señores, pensémoslo antes que pronuncemos la palabra letal *guerra*; porque si se puede ser pródigo de la propia sangre, se debe ser avaro de la sangre de los demás.»

En el seno de la mayoría solo dió lugar á divergencias la parte de la ley que trataba de la guardia móvil. Esta era una innovacion, y atacaba las franquicias y costumbres de



Emilio Ollivier  
(grabado en cobre de Weger, segun una fotografia)

los franceses, que hasta entonces habian estado libres de servicio militar; porque segun el espíritu del proyecto debian ingresar en la guardia móvil todos los franceses aptos para el servicio de las armas que, á pesar de tener la edad correspondiente, ó por la suerte ó pagando un sustituto, ó por otros motivos legales, se habian librado del servicio en el ejército activo ó en la reserva.

Thiers, que tenia una opinion diferente de la de los proponentes, porque para él el proyecto era un preparativo para la guerra de desquite que facilitaba á la Francia el medio de ser la primera en abrir las hostilidades, se opuso á la creacion de la guardia móvil, diciendo en la sesion del 31 de diciembre: «No hay mas que una clase de guerra: la que consiste en atacar al enemigo rápida, eficaz y decisivamente, y solo pasa á la defensiva cuando es desgraciada la ofensiva. No soy amigo de la guerra defensiva, porque es una guerra tímida que rara vez tiene buen éxito y que solo puede admitirse cuando no hay otra alternativa, y además repugna al carácter francés (1).»

(1) Véase *El Monitor* de 1868, pág. 5. Los dos discursos pronunciados por Thiers el dia 31 de diciembre de 1867 en el cuerpo legislativo han sido suprimidos en la coleccion de discursos parlamentarios, donde debian hallarse en el tomo 11.